

cambiar, ya que la ciudad es el lugar entre todos donde nuestra vida social y en ciertos aspectos esenciales íntima, crece y se expande. Porque la ciudad donde hemos nacido, crecido, donde quizás han nacido también nuestros antepasados, es la matriz, la madre que nos nutre y sustenta aun sin que nos demos cuenta de ello.

Mas un día, inexorablemente, nos damos cuenta de lo que es nuestra ciudad para nosotros. Un día, cuando nos hemos alejado de ella o cuando por algún acontecimiento de esos que está sembrada la historia, la perdemos aun quedándonos en ella.

Y ciudad en este sentido es no solamente la grande ciudad, la metrópoli, ni la pequeña ciudad provinciana, sino también el pueblo y aún el poblado o caserío donde nacimos o crecimos, donde ante todo aprendimos a hablar. Y aprendiendo a hablar, a ver, a mirar; a oír y escuchar; a reconocer las cosas y los seres dándole un nombre. Donde nos fueron trasferidas las primeras imágenes del mundo todo, visto; sentido desde "allí".

Pues que la ciudad en este sentido amplio y genérico es un lugar geográfico. Mas en este mundo no existen para el hombre lugares exclusivamente geográficos, sino lugares históricos, aunque, en algunos casos, poca historia haya habido en ellos. Historia, en este sentido amplio, genérico, es ante todo tradición: idioma, modos de considerar la vida, creencias religiosas, costumbres, formas de decir y de actuar, en suma: lo que se podría incluir en una amplia, genérica, definición de un "estilo de vida". Y con mayor precisión todavía con el término del filósofo alemán Dilthey "Weltanschauung", es decir, visión o concepción del Mundo. Se ve y se mira el mundo todo desde un lugar determinado: un lugar donde nos sentimos estar cobijados, un

lugar donde las cosas y los seres nos hablan directamente en un lenguaje que con palabras o sin ellas, no nos vemos obligados a traducir. Y este lugar lo llevamos con nosotros a lo largo de nuestra vida, aunque hayamos entrado en familiaridad con otros lugares y con formas de cultura e idiomas diferentes.

Jorge Santayana, el filósofo de origen y nacimiento español, como se sabe, se trasladó a Boston junto con su madre y sus hermanos cuando contaba tan solo diez años. Allí, en Boston estudió y allí fue profesor; extrañamente no tuvo éxito alguno en una tentativa de entrar a formar parte en el Ministerio de Estado de España como traductor e intérprete que hizo en uno de sus frecuentes viajes a la Patria, cuando tenía poco más de veinte años. La "patria", hemos escrito porque nunca perdió su nacionalidad española. Después, dejada la cátedra, se retiró a vivir en Inglaterra y al fin se instaló en Roma donde murió tras más de veinte años de habitar en ella. Escribió como se sabe, en inglés todas sus obras de filosofía y de crítica y su única, extraordinaria novela *El último puritano*. Pero, en sus memorias, dice que ha mirado siempre el mundo desde Ávila, tal como la vio, ha seguido mirando, viéndolo todo, ya que todos, dice, necesitamos de un mirador. Y quizás por esto, pienso, no quisiera cambiar una nacionalidad de la que ningún provecho ni ventaja alguna había extraído ciertamente. Este lugar donde nos hemos iniciado a la vida es propiamente la ciudad primera, la que nunca se pierde se vaya donde se vaya después, sea o no lo que propiamente se llama una ciudad.

LA CASA: EL PATIO⁴:

La casa mediterránea se puede decir que consistía ante todo en un patio. En un espacio vacío pues y abierto al cielo: a la lluvia, al sol,

⁴ M-77, 1964.

a la luz y al patio daban las habitaciones todas de la casa; tras de este primer patio había otro que quedaba a veces cerrado por un muro en vez de por un cuerpo de habitaciones donde se desarrollaban los oficios domésticos. Al exterior, calle, plaza o campo la casa apenas ofrecía apertura alguna: algunas pocas y nada amplias ventanas.

La casa fue concebida en los lugares que son la fuente de nuestra civilización como un recinto lo más cerrado posible. Refugio, fortaleza y que encerraba un espacio libre, vacío... un espacio propio. Un recinto propio que reproducía en su estructura en cierto modo un pueblo. Y lo que es más importante, un recinto que guardaba dentro de sí el ambiente de libertad, el espacio, el aire, la luz. De la cueva originaria tenía el ser refugio, lugar cerrado, sólo eso.

El patio así es el centro de la casa en todos los sentidos. Es como una estufa que distribuye el calor y el aire. En ella siempre ha de haber un rincón donde el sol, siempre uno a la sombra. Por sus paredes se ve girar la luz del día y entra la noche con su misterio. Es un mirador del cielo, un lugar de contemplación y en este sentido un templo. "Templum" era allá en Babilonia el lugar desde donde se contemplaba el firmamento.

Y el patio era el centro de la casa humanamente también. En él convivían todas las personas de la familia y los huéspedes acogidos a su hospitalidad. Y a él en el buen tiempo llegaban los visitantes para tratar los asuntos de la ocasión. Era a modo de "agora" doméstica.

Y así gracias al patio, la casa tenía, tiene donde lo siga habiendo verdadera intimidad, es decir, anchurosa, abierta intimidad donde la vida de relaciones son sin invadir las habitaciones de cada uno, la alcoba lugar inaccesi-

ble, el comedor destinado únicamente a este uso, las salas de recibir en días y ocasiones solemnes. El patio es en verdad un lugar mediador. Un lugar mediador es el patio entre el espacio ilimitado y el espacio acotado, cerrado de las habitaciones de la casa. Y las habitaciones no tienen, cuando hay patio, por qué abrirse desmesuradamente al exterior ni mucho menos ser esas especies de jaulas de cristal donde no existe intimidad ninguna. El hombre necesita del aire libre, del sol, del contacto con los elementos, pero su "estar" necesita de un sitio propio, comunicado con los elementos, mas no en medio de ellos. Se trata de una cuestión psicológica, quizás metafísica tanto más que física.

El patio es también jardín. Famosos son los floridos, encantados patios de Andalucía que yo he visto modulados de ciertas maneras en los maravillosos patios antillanos. De origen árabe, no puede por menos de no simbolizar, creo, algo muy islámico pero no extraño a la mente cristiana: la rememoración del paraíso terrenal. El patio, el nuestro, el patio hispano es símbolo y recuerdo de ese trocito de paraíso irrenunciable que según padres de la Iglesia como San Agustín, queda intacto en el alma.

LA CASA Y SU MELODÍA⁵:

Que en una casa habitada se escuche música porque sus moradores la amen no es cosa que a nadie pueda sorprender, aunque no deje de ser como parece ser que sea todo hoy, una fuente de conflictos en la convivencia. Pues hay quienes no la aman o aman solamente la que ellos escuchan. Y conflicto ya es hoy en las modernas ciudades el tocar el piano en casa o cualquier otro instrumento que altere el silencio, al menos teórico, que cada día se lucha más por obtener.

⁵ M-299, 12 de noviembre de 1964.